

**Rodríguez Rojo, Jesús, *Cuestión de clase. De la crítica de la sociología a la acción política revolucionaria*, Bellaterra Edicions, Barcelona, 2023**

Jesús Rodríguez Rojo, profesor de sociología e investigador marxista, adelanta con una frase aparentemente sencilla una premisa básica de la metodología seguida a lo largo de su último libro, *Cuestión de clase. De la crítica de la sociología a la acción política revolucionaria*. La frase, apuntada en el apartado metodológico que abre el texto, asegura que, “antes que en la cabeza del investigador, las abstracciones se encuentran en la realidad misma”. Es una aseveración que le lleva a hablar de la clase como categoría en vez de como concepto y a polemizar, consecuentemente, con autores, corrientes e incluso disciplinas académicas consolidadas.

A partir de aquí, puede dividirse el libro en dos grandes bloques, inserto cada uno en un largo historial político, teórico y académico. En el primero trata de demostrar, frente a las acepciones más comunes de la clase, que las relaciones clasistas, y por tanto las propias clases, se articulan en base a los vínculos establecidos en y por el modo de producción capitalista. Renunciando a dibujar un concepto de clase que sirva (más bien poco, en todo caso) para prever modelos de consumo, comportamientos electorales o mayor o menor hábito de lectura, el autor inscribe la clase en un proceso que permite conocer, a su vez, el funcionamiento del metabolismo social capitalista en su complejidad. Con esta presentación, coherente con el método que atraviesa la totalidad del texto, aborda el análisis de ciertos colectivos y

ejes que suelen presentarse como controvertidos. *Cuestión de clase* funciona en este sentido (y lo hace de manera precisa) como una descripción esquemática de la posición de clase de diferentes grupos. Sin embargo, es precisamente en medio de esta cuasi-enumeración de colectivos y controversias donde el texto encuentra su contenido más estimulante: desde el papel de los estudiantes en la lucha política hasta la actualidad del voto de clase, pasando por el boom de la psicología y el carácter históricamente determinado de la locura.

La segunda parte del libro se adentra en el terreno político y plantea cuestiones cruciales sobre la ciudadanía y la acción política de clase, haciendo gala de aquella máxima de que uno de los fundamentos del marxismo es su carácter práxico y su intencionalidad política, como bien señala Andrés Piqueras en el prólogo de la obra. El enfoque clasista que presenta el autor no solo es elegido por ayudar, mejor que otros, a comprender el funcionamiento del capitalismo (que también), sino, a la vez y de manera inseparable, por dibujar un marco de acción y desarrollo de uno de los agentes, la clase trabajadora, para la superación del modo de producción capitalista. Construye, de esta manera, una relación tan compleja como fructífera entre teoría y praxis, entre crítica de la economía política y acción política revolucionaria. Para perfilar esta acción política, el autor aborda la descripción del Estado y explora la evolución histórica de la ciudadanía, abarcando desde la Europa de preguerras hasta el surgimiento del Estado del Bienestar y su posterior retroceso con la llegada del neoliberalismo. Es a partir de estos esbozos que empieza a vislumbrarse, finalmente, un proyecto político, económico y social que se condensa en

la fórmula de “república democrática desarrollada”. En esta visión, coherente con el desarrollo propio e histórico del modo de producción capitalista, la economía se centraliza en manos de la ciudadanía, permitiendo la democratización de la producción a nivel global, mientras que la democracia se expande y se profundiza.

### De la crítica de la sociología a la crítica de la economía política

Partiendo de la especificidad del modo de producción capitalista en cuanto a su organización del trabajo social (a través del mercado, frente a los pretéritos vínculos de dependencia personal), la tesis marxiana presenta a los individuos como representantes de su mercancía; esto es, como “personificaciones” de las diferentes relaciones económicas. Ahora bien, ¿qué tipo de mercancías puede poner en circulación un individuo? El autor, siguiendo los esquemas básicos de la crítica de la economía política, indica dos: capital y fuerza de trabajo. Esta es, precisamente, la división que genera las clases sociales (exclusivas, por tanto, del sistema capitalista).

Siguiendo este razonamiento, la clase capitalista tiene como fin propio la valorización del valor (vélgase la redundancia). A pesar de ser, como la clase obrera, una clase social diversa, que puede variar en sus condiciones de vida, éxito, etc., se trata de un único agente clasista por su posición en el modo de producción; es decir, por ostentar la propiedad privada de medios de producción. La clase obrera, por su parte, es, en la jerga marxiana, un sujeto doblemente libre: libre de vínculos de dependencia personal y libre de medios de producción. Así, es la población que,

despojada de medios de subsistencia propios, ha de vender su capacidad de trabajo en el mercado para conseguir subsistir.

Esta concepción de la clase, coherente con un análisis pormenorizado del funcionamiento del capitalismo, no solo no conforma la única manera de entenderla, sino que se encuentra en una posición académica y teórica minoritaria. Como ya se adelantaba más arriba, esto ocurre porque en *Cuestión de clase*, Rodríguez Rojo trata la clase como una categoría, no como un concepto. La diferencia radica en que el concepto se acerca a un tipo ideal weberiano, estableciendo abstracciones que a posteriori se imprimen en el objeto a analizar. La categoría, por el contrario, obliga a ceñirse exclusivamente a la realidad y, desde ahí, extraer las determinaciones que la componen. Ya se advirtió: “antes que en la cabeza del investigador, las abstracciones se encuentran en la realidad misma”.

Para ilustrar estas posiciones, digamos, conceptualistas, el autor se adentra en una crítica a la disciplina sociológica. En esta, que el autor somete a análisis por lo difuso de su objeto de análisis, su razón de ser más bien esquivada y su vocación antimarxista, impera el uso de la clase como concepto. Esto explica que la mayor parte de las acepciones se acerquen, voluntaria o involuntariamente, al tratamiento que da al término Max Weber: un continuo social formado por, normalmente, tres aspectos (en el original, provisión de bienes, posición externa y destino personal) y que, además, conforma un factor de estratificación más, sin mayores implicaciones. Autores como Goldthorpe y Bell continuarían esta senda, añadiendo o modificando aspectos para hacerlo más operativo.

Estas son, aun así, tan solo las corrientes voluntariamente weberianas de las teorías de clases. Como va mostrando el autor con un imponente bagaje bibliográfico, también la sociología marxista peca de un acercamiento a esta concepción de continuo social de la clase. Roemer, por ejemplo, añadiría la explotación a la teoría de juegos para construir una noción transhistórica de clase, mientras Erik Olin Wright, el representante más exitoso del marxismo analítico, añade a la explotación la dominación y la cualificación para construir un cuadro de más de diez clases. Más alejadas aún del análisis pormenorizado e histórico del modo de producción capitalista serían las nociones de clase (y la disolución de las mismas) de autores como Negri, Laclau y Holloway.

A partir de aquí, Jesús Rodríguez Rojo repasa algunas de las principales controversias que han surgido a lo largo de la literatura marxista con respecto a la cuestión clasista. Por cuestión de extensión, aquí solo se tratarán superficialmente algunas de ellas, entendidas como más determinantes para el desarrollo del texto.

Una de las controversias sobre las que más tinta ha corrido, y sobre la que más brilla el análisis desplegado anteriormente, es la de las llamadas “clases medias” (culmen de la idea del continuo social). Esta, además de conformar un dispositivo político que coloca a una parte indeterminada de la población en una posición cómoda, partiría de dos premisas que, supuestamente, contradicen los análisis y las previsiones de la literatura marxiana: la desaparición de la pequeña burguesía y la homogeneización de la clase trabajadora.

La pequeña burguesía, alega el autor, es presentada en ocasiones como un grupo

propio por no parecerse en muchos aspectos (como las condiciones de vida) a la clase capitalista ni pertenecer propiamente a la clase trabajadora. Frente a la literatura que crea una clase propia para este grupo, herederas en parte de las tesis de Karl Kautsky, en este libro se trata a la burguesía pequeña (como es denominada aquí, enfatizando en mayor medida la cuestión de su pertenencia a la burguesía que su tamaño) como un grupo capitalista en esencia con escasa capacidad de valoración. Es tan solo por esto último (y no por sus determinaciones clasistas) que, en ocasiones, vive de manera precaria, haciendo uso de subvenciones y auto y súper-explotación.

De manera parecida ocurre con las pequeñas explotaciones agrícolas, en ocasiones romantizadas como resistencias anticapitalistas o reminiscencias de modos de producción anteriores. Lejos de esto, aquí son divididos en dos categorías. Por un lado, aquellas explotaciones capitalistas pequeñas que sobreviven compitiendo en el mercado, aunque sea a duras penas. Por el otro, los campesinos con tierras pequeñas, que subsisten, como parte de la población obrera sobrante, en base al autoempleo.

La clase media asalariada, por su parte, surge como concepto en base a la diversidad intraclase de la clase trabajadora (siempre existente), la adopción de esta de labores del capital (en base a la adquisición de una conciencia científica) y el consumo diferenciado (la célebre distinción en el gusto de Bourdieu). A partir de aquí se han adjudicado nombres como intelectuales, aristocracia obrera, clase de servicios, clase vectorialista... Para el autor, más o menos útiles, estas nociones incorporan variables (medición de domi-

nación, formación, actitud política, etc.) que resultan de interés, pero no son determinantes para el análisis estrictamente clasista. Dividen a la clase trabajadora y, a su vez, le niegan la capacidad de desarrollarse (en cuanto adquiere formación avanzada, es trasladada de un cajón de clase a otro).

Otro eje sobre el que se hace hincapié en el libro es el de la clase social más allá de lo supuestamente económico. Rodríguez Rojo lo hace reconociendo de antemano que una parte del marxismo, más identitario y conservador, ha tendido a tratar el objeto de la lucha feminista y antirracista como secundario o complementario, supeditado o subsumido en la lucha clasista. Frente a esto, el autor propone, como en el resto de cuestiones, ver el papel de los grupos en el metabolismo social. Así, no solo hay que preguntar qué produce un actor, sino también qué reproduce. De esta manera puede zanjarse la clasificación clasista de aquellas personas que no están directamente implicadas en un proceso de producción, pero sí colaboran en la subsistencia y reproducción social de personas que sí lo están: la persona (históricamente una mujer) que cuida a una persona capitalista (históricamente un hombre) tendería así a incluirse en la clase capitalista, y lo mismo para la clase obrera. Asimismo, cabe analizar cómo las mujeres y las personas racializadas están específicamente posicionadas en el modo de producción, atendiendo a mecanismos que perpetúan estas posiciones, normalmente subalternas.

### **Ciudadanía y acción política de clase**

Con el objetivo de trazar un recorrido histórico que abarque el desarrollo de la ciu-

dadanía, además de sus profundas imbricaciones con la acción clasista, el autor se detiene previamente en un debate clásico del marxismo y el movimiento comunista, el papel del Estado. Su intervención resulta breve, pero con profundas implicaciones. Siguiendo el debate derivacionista (de quienes adopta parcialmente el planteamiento a la vez que rechaza la conclusión política), entiende el Estado como forma política del capital social. Así, es el aparato que asegura la explotación de toda la clase trabajadora en su conjunto (y que, por cierto, reproduce y organiza directamente a una parte de la misma: la de los trabajadores públicos).

Una vez trazado el significado del Estado, así como su implicación en el desarrollo de la ciudadanía (y una intensa incursión en los debates marxistas sobre el derecho), Rodríguez Rojo plantea un breve recorrido histórico de la condición de ciudadanía. Para ello, comienza por la época de preguerras, cuando la democracia censitaria dotaba a la propiedad de una importancia vital, mientras los jacobinos y el movimiento obrero luchaban por la ampliación de la democracia en nombre del republicanismo y las libertades positivas. Esta etapa daría paso a la del Estado del Bienestar, que provocaría una división entre socialistas (que veían en esta etapa una posibilidad de llegar al socialismo en base a pequeñas renuncias y la reforma) y comunistas (que, muy resumidamente, buscaban emular la Revolución Rusa). Durante este período, que duraría algo menos de 30 años, se dio una expansión inédita del capital y de la ciudadanía, jugando incluso con la idea de una ciudadanía universal a través de proyectos como el de la ONU y el de los Derechos Humanos Universales. El recorrido histórico finaliza con la etapa inaugurada a media-

dos de los años 70, con eventos como la crisis del petróleo, acompañados por la deslocalización de capitales y el neoliberalismo, dando paso a un retroceso en los derechos de ciudadanía y la capacidad movilizadora de la clase trabajadora.

El último segmento del libro se dedica a la democracia, que el autor define como aquella organización que facilita la participación activa de la ciudadanía en la toma de decisiones. Argumenta que la lucha obrera siempre ha estado inextricablemente vinculada a la consecución de esta organización (tanto dentro como, sobre todo, fuera de la empresa) y a la inclusión de la mayor cantidad posible de la población. En contraposición a las críticas conservadoras, que buscan restringir lo democrático en aras de la libre circulación del capital, y a las posturas izquierdistas que teorizan sobre concepciones más “verdaderas” o “puras” de democracia, el

autor aboga por la expansión de la democracia, superando sus límites de clase.

Para lograr este objetivo, llevando la democracia al ámbito económico, el autor propone la concentración global del capital y su puesta al servicio de la ciudadanía, lo que permitiría la democratización de la producción a escala global, trascendiendo las fronteras nacionales y particulares. Al fusionar estas dos premisas, la expansión de la democracia y la democratización de la producción mediante su concentración global en manos de la ciudadanía, el autor finaliza el texto presentando su proyecto político: la república democrática desarrollada.

**Niklas Rodríguez Reintjes**

Universidad Carlos III, Madrid, España

[nirodrig@inst.uc3m.es](mailto:nirodrig@inst.uc3m.es)